
MS. WILKINSON CALLED ME NEPHEW
BLADEFREGA

LA SEÑORA WILKINSON ME LLAMÓ SOBRINO

Es un domingo cálido, 23 de agosto de 2026, muy parecido a tantos otros.

Un almuerzo rápido no es una concesión, sino un ritual. Una breve siesta es una excepción, concedida solo para que los niveles insólitamente altos de producción matutina de dopamina vuelvan a la normalidad tras un acontecimiento inesperado: hoy Bing ha colocado una de mis páginas en la primera posición de la web para una búsqueda relacionada con mi madre, Gillette.

Desde el segundo puesto, mi abuelo mira, y sonríe.

No parece enfadado.

Hoy he descubierto también que King Camp Gillette dejó este mundo el 9 de julio de 1932.

En cuanto he leído la fecha, casi salto de la silla.

Mi propio proyecto, gillettenarrative.com, nació el 9 de junio de 2026.

Noventa y cuatro años después de su muerte.

Y, según los acuerdos a los que he llegado conmigo mismo, treinta y tres años antes de mi propia partida, prevista para 2058.

Cuando las fechas empiezan a converger, cuando empiezan a encajar con una precisión inesperada, uno siente la tentación de creer que puede haber otro algoritmo en marcha—un algoritmo cuya apariencia guarda poco parecido con aquellos a los que nos hemos acostumbrado.

Como siempre en momentos así, me acompaña el jazz en lengua inglesa.

Es la única música que mi mente recibe con naturalidad ahora que las guitarras y las mandolinas de mi familia han enmudecido por las leyes ordinarias de la naturaleza.

Luego abro el correo.

Un golpe seco llega directo al corazón.

Samantha escribe desde Londres.

Es la nieta de la señora Wilkinson.

Mi tía Maggy.

La dama de las espadas cruzadas.

La mujer que, no hace mucho y delante de toda su familia, me llamó sobrino.

Su mensaje es sencillo.

La señora Maggy Wilkinson ha fallecido.

Por deseo expreso suyo, pues me conocía lo bastante como para prever mi reacción, la noticia no se me comunicó hasta después del entierro.

Somos ingleses.

Una lágrima encuentra su sitio.

La muerte nunca es algo hermoso.

Es simplemente algo que nunca acabas de esperar.

Entre todas las mujeres que he conocido en mi vida, esta tía adoptiva ocupó solo un capítulo breve.

Pero su papel fue esencial.

Me ayudó a entender que la aristocracia no se encuentra únicamente en los títulos, los escudos de armas o los privilegios heredados.

Está en los modales.

Está en la conducta.

Está en esa cualidad que los anglohablantes suelen llamar aplomb.

Hay una palabra más sencilla para eso.

Clase.

Le escribo esta carta a ella.

Para su familia.

Para mí mismo.

Para todo lector que algún día pueda llegar hasta aquí.

Y empiezo con una sola frase que me sé de memoria:

Somos lo que somos por las personas que conocemos, y eso nadie nos lo puede quitar.

La literatura médica abusa a menudo de una autoridad que le conceden de buen grado unos pacientes necesitados de certezas.

Con frecuencia nos dice lo que conviene.

Menos a menudo lo que importa.

Dicen que los niños, desde que nacen hasta los cinco años, no tienen recuerdos.

Que no pueden retenerlos porque las estructuras cognitivas necesarias aún no se han desarrollado.

Según esa teoría, cada uno de nosotros debería cargar con cinco años de oscuridad.

Sin embargo, yo recuerdo las bofetadas de mi madre.

Recuerdo las bofetadas de mis maestras de parvulario.

No recuerdo los números.

Empezaban pares y nunca terminaban impares.

Los golpes que recibimos de adultos funcionan de manera muy parecida.

Nadie los cuenta.

La memoria no los archiva como estadísticas.

Los deposita en silencio dentro del alma.

Y años después los retira en forma de escritura.

Adiós, tía Maggy.

Que seas bien recibida allá donde ahora continúe tu viaje.

Las espadas permanecen cruzadas hasta el día en que pases bajo ellas.

Hasta siempre.

Tu sobrino.

Nando el Escriba

Ferdinando